

La Luz del Porvenir

Gracia 20 de

Abril de 1893

PRECIOS DE SUSCRIPCION.
Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Estranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol, 5, bajos.
y calle del Cañón, 9, principal

SE PUBLICA LOS JUEVES

PUNTOS DE SUSCRIPCION

En Lérida, Cármen 26, 3 En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, S. Francisco, 28, imprenta.

SUMARIO.—Al señor Vizconde de Torres Solano.—¿Cómo deben considerarse los espíritus entre sí?

ADVERTENCIA

Rogamos á los suscriptores de LA LUZ DEL PORVENIR que los que quieran continuar la suscripción, tengan la bondad de renovarla antes del 4 de Mayo próximo, ó de dar aviso que continúan suscritos, pues los que no avisen ni envíen el importe de la suscripción, dejarán de recibir el periódico al comenzar el año XV de LA LUZ.

Suplicamos también á los corresponsales que salden sus cuentas con esta Administración, pues sin el buen orden administrativo no hay empresa que pueda seguir adelante.



AL SEÑOR VIZCONDE DE TORRES SOLANO

(CARTA ABIERTA)

I

Hermano mío; tú que tanto disfrutas en las solemnidades espiritistas, hubieras pasado un rato delicioso si hubieses honrado con tu presencia el gran salón de sesiones del "Centro Fraternidad Humana," de Tarrasa, la noche del 25 de Marzo último, en que los buenos espiritistas tarrasenses celebraron una velada literaria y musical, dedicada á la memoria del inolvidable Allán Kardec.

Más de 400 personas acudieron á escuchar las melodías de Gounod y de otros compositores célebres, que músicos inspiradísimos interpretaron admirablemente en el piano, acompañados de violín y flauta.

El pueblo catalán, músico por excelencia dió una prueba más de su buen gusto filarmónico, escuchando con religioso silencio el divino lenguaje de los Dioses (vulgo) música.

Miguel Vives, que ocupaba la presidencia, estaba contentísimo de encontrarse entre los suyos, pues si bien para el verdadero espiritista toda la humanidad es su familia, sin embargo, es necesario confesar (si se quiere ser ingenuo) que el hombre, tenga las ideas que tenga, allí donde ha sufrido, allí donde ha trabajado, allí donde ha perforado las inteligencias con sus sanos consejos, con sus filosóficas y racionales enseñanzas y con su buen ejemplo practicando la ley del Evangelio: allí donde ha sufrido la befa y el escarnio por sembrar la semilla de la verdad, cuando después de una ausencia forzosa, se vuelve á encontrar en el paraje donde tanto ha luchado y tantas victorias ha obtenido, el hombre experimenta un placer indefinible, inexplicable. ¡Es tan grato ver florecer los arbustos que ayer uno mismo preparó el hoyo donde escondió la pepita ó simiente productora!

¡Es tan consolador volver á estar entre los amigos fieles, y ver á éstos rodeados de sus hijos, niños que han nacido al calor de los ideales que hemos inculcado en sus padres, niños que no han recibido la imposición de ninguna religión, que serán los hombres libres de mañana y todo aquel progreso, todo aquel adelanto se dice uno á sí mismo (sin falsa modestia) ¡todo esto es obra mía!.....

Esto puede decir Miguel Vives al encontrarse en el Centro Espiritista de Tarrasa, y si él no se lo dice materialmente, lo que es su espíritu manifiesta ese goce purísimo que siente el alma cuando recoge la cosecha de lo que ha sembrado.

Dominado por una emoción dulcísima, abrió la sesión diciendo que estaba impresionadísimo al verse entre sus hermanos, y más emocionado aún por haber rogado á Dios muy fervorosamente que le permitiera acudir á Tarrasa para unir su voz á la de sus hermanos en aquella noche consagrada á la memoria de Allán Kardec, y al ver que Dios había escuchado su ruego, dejándole realizar su deseo, su primer pensamiento quería y debía dirigirlo á Dios, para demostrarle una vez más el amor inmenso que por él siente su alma, amor que lleva todo su sér, amor que se aumenta por segundos, porque siempre le parece que no ama bastante á Dios; y después de ofrecer su homenaje al Padre de la luz, creía muy justo consagrar un recuerdo de imperecedera gratitud al filósofo eminente que tanto bien había hecho á la humanidad, al inolvidable Allán Kardec.

Le siguió en el uso de la palabra Francisca Galí, que leyó el siguiente discurso obtenido por ella.

II

SEÑORAS Y SEÑORES

Respetables hermanos míos: De soltra sé que sois benévolos y que me dispensaréis. Si no me animara esta confianza, yo no me atrevería á tomar parte en este concierto sublime de las ideas emitidas para demostrar la verdad que encierra nuestra redentora creencia.

Quisiera en estos momentos poseer la elocuencia de un Víctor Hugo para cautivar á mis hermanos que me escuchan, con torrentes de luz y armonía cantando las bellezas del Espiritismo.

Mas, pobre pigmeo en el cultivo de las letras, me reconozco incapaz de dar forma á los múltiples y variados panoramas que cual paisajes encantadores é iluminados con variantes de luz, de amor y de dicha fascinadora, se reproducen en mi ardiente y entusiasta fantasía.

Y al quererles dar forma en mi anhelo de progreso y en el amor que siento por todos mis hermanos, huyen como sombras fugitivas como no queriendo limitarse á la estrechez á que los reduciría mi ignorancia.

Reconozco mi pequeñez, pero estoy en la seguridad que por sencillo que resulte este trabajo, no dejará de ser basado en la verdad, siendo un átomo más en el elemento del progreso eterno.

¡Hermanos! los espiritistas no edificamos templos ni levantamos altares para perpetuar la memoria de los que fueron y dejaron tras sus huellas destellos luminosos para disipar las tinieblas de la ignorancia. Pero en la urna sagrada de nuestros más dulces afectos, en el santuario de nuestro corazón les guardamos respetuoso amor y eterno agradecimiento. Y estos dulces afectos son los que hoy nos reúnen con fraternal unión para conmemorar el vigésimo cuarto aniversario de la desencarnación del inolvidable fundador y ferviente apóstol de la filosofía y doctrina espiritista Allán Kardec.

¡Sí, maestro amado! desde las regiones do se cierne tu luminoso ser, escucha el ritmo amoroso que sale de nuestros corazones agradecidos para el apóstol infatigable que, no temiendo al sarcasmo de sus contemporáneos, estudió con solícito afán los hechos que eran objeto de burla y desprecio por lo inexplicables á la inteligencia de los llamados sabios, y formó con su recto y profundo criterio la más razonable filosofía y la más consoladora doctrina.

Filosofía que ensancha el campo de las investigaciones en todos los ramos del saber humano, dando la clave para resolver los más intrincados problemas que el velo del misterio los envolvía: agitándose las humanidades en el caos de la incertidumbre y la duda, quedando embotadas todas las nobles facultades del espíritu que lleva en germen como señal ineludible del origen divino de que procede y al noble fin á que está destinado.

Filosofía que no traza límites á la razón para penetrar en los insondables arcanos de lo desconocido, elevando la inteligencia á poseer el verdadero conocimiento de las leyes que rigen el conjunto armónico de la creación, admirando en sus bellezas la inteligencia suprema, la potencia creadora, causa única de cuanto es en lo infinitamente grande y en lo infinitamente pequeño.

Alma imponderable de lo universal y eterno é infinito sin principio ni fin; incomprendible en su esencia inmutable, omnipotente y soberanamente justo y misericordioso al cual llamamos Dios!

Filosofía y doctrina que armoniza la razón con el sentimiento, su lema es: "Hacia Dios por el amor y por la ciencia."

Eleva el sentimiento porque es código de moral el más perfeccionado basado en las sublimes enseñanzas del divino maestro, el Cristo de Nazaret.

Enseñanzas que son reflejo perenne de la verdad eterna, eco purísimo de Dios que resuena en la eternidad del tiempo para despertar á las humanidades de su letargo y que empiecen la noble tarea de su regeneración.

Jesús atraía con su amorosa y persuasiva palabra á las multitudes ávidas de amor y justicia, y les decía: "Venid á mí los que estáis cansados y trabajados, yo os haré descansar; venid á mí, que mi yugo es suave y mi carga ligera; no os impongo más que un deber, que os améis. No atesoréis bienes materiales que la polilla y el orín corrompen, mas atesorad virtudes, que con ellas seréis admitidos en el reino de los cielos."

Y el Espiritismo, eco purísimo que á través de las edades nos repercute las mismas sublimes enseñanzas, sacudiendo el polvo de la mistificación que la ambición del hombre había puesto para satisfacer su orgullo, dice á los hombres: "Levantaos de vuestra postración moral, purificad vuestras almas con el amor y la resignación y contemplad el firmamento tachonado de estrellas, estrellas que son moradas de

felicidad en donde tienen asiento las almas redimidas por la virtud: allí los sufrimientos de la Tierra no tienen cabida porque sus moradores adoran á Dios y aman á sus hermanos; allí el más fuerte tiende amorosamente protección al más débil porque sabe que éste es su deber y el débil contempla sin envidia el rango más elevado del hermano poderoso, que solícito le da su apoyo, porque está en la seguridad que por sus esfuerzos conquistara el ser grande y fuerte; y mutuamente cumplen la amorosa ley de todos para uno y uno para todos.

¡Sí hermanos míos; el Espiritismo, de acuerdo con las sublimes enseñanzas de Jesús, demuestra que el amor y solo el amor es la fuerza que eleva á nuestro espíritu á la cúspide de las más nobles virtudes y con ellas remontarnos á la posesión de la felicidad eterna

¡Venid, hermanos todos de la Tierra, á abrigaros bajo los pliegues de la bandera que el Espiritismo ostenta de amor y fraternidad! ¡Venid y apurad la copa de ambrosía que generosamente os brinda! ¡Venid, poderosos y plebeyos! el Espiritismo ha destruído las tenebrosidades del infierno enseñando la ley de las compensaciones. ¡Venid y estrechad los vínculos del amor fraternal que, quizá cuando caigan vuestras vestiduras de carne en la fosa, queden trocados los papeles y el más fuerte sea entonces el más débil!

Venid y estudiad sin temer las tiranías de épocas pasadas que han pasado para no volver; la libertad os brinda su adelanto; venid y aprovechad el tiempo, que es el tesoro que Dios concede á sus hijos para comprar el Cielo.

¡Sombras del pasado! huid para no volver; la luz de la Verdad irradia en el firmamento de la razón, la Tierra se engalana con los primores de las artes y las ciencias, y sus moradores empiezan á adorar á Dios y á amar á sus hermanos, preludio cierto de una nueva era de paz y armonía prometida por el divino Maestro y sancionada por la sublime doctrina del Espiritismo. He dicho.

III.

El niño Isaías Rodó recitó una de mis antiguas poesías dedicada á Allán Kardec, y nunca me han parecido mis versos tan armoniosos como los recitados por aquel hermoso niño cuando sus rojos labios se abrieron para decir:

¡Oh!, ¡regenerador de las ideas!

¡Bendito Allán Kardec! ¡bendito seas!

Sentí un placer inmenso, hermano mío; cuando la dulce voz del pequeñuelo daba vida á mis pensamientos, me pareció entonces que mi paso por la Tierra no había sido estéril, que á pesar de no haberme creado familia, dejaba algo tras de mí; y cuando luego me abrazó el pequeño Isaías, cuando sus hermosos ojos me miraron con inocente satisfacción, con infantil orgullo, como diciendo:—Mira qué bien te he comprendido: presentí, adiviné lo que deben gozar las madres con los adelantos de sus hijos. Indudablemente el placer de la maternidad deberá ser inmenso, superior á todos los placeres terrenales; por eso las madres sufren tanto, porque siendo la Tierra lugar de condena para los espíritus, para no alterar sus leyes inmutables, se deben regar con mares de llanto las flores de ese goce purísimo, de ese amor sin límites; ¡bendita sea la maternidad!

Aquel niño no era carne de mi carne ni hueso de mis huesos. En esta encarnación no lo he dormido en mis brazos ni he mecido su cuna, no he recibido su primera sonrisa ni le he visto dar sus primeros pasos; y sin embargo, al recitar mis versos, me parecía que aquel ángel me pertenecía, y durante el tiempo que duró la velada y á la mañana siguiente que lo ví en la Estación, siempre que me miraba

Isaías parecía decirme con sus expresivas é intencionadas miradas:—¿Te acuerdas de ayer?

En el momento que trazo estas líneas, un espíritu me dice algo (muy interesante para mí) sobre los lazos que un día me unieron con el infantil lector que tanto me ha impresionado, pero como esto pertenece á mi pasado, no es ocasión de intercalar un episodio de mi historia con el relato que á grandes rasgos quiero hacerte de la velada espiritista celebrada en Tarrasa.

Hicieron uso de la palabra la joven Francisca Aymerich, la niña Julia Bendranas, niño el Francisco Sal-lari; el que promete ser un buen orador por que se posesiona de lo que dice; no recita, habla, siente, se entusiasma, y será indudablemente tan útil á la Causa del Espiritismo como su hermana Josefa.

La niña Cármen Bendranas declamó con entusiasmo la magnífica poesía *Decálogo de los Andes*. José Busquet habló sobre astronomía, si tan jóven le agradan estudios tan profundos, bien puede decirse que este adolescente, es hoy el embrión de un sabio del porvenir.

Comenzó la segunda parte la jovencita Enriqueta Oliva, y me impresionó profundamente cuando dijo que á ella le sucedía lo que á Cristóbal Colón, que al presentarlo á Isabel la Católica dijo el marino:—Señora: acostumbrado á vivir entre las olas, yo no entiendo nada de cumplimientos cortesanos; y yo, educada en los talleres de una fábrica, no entiendo tampoco de formas oratorias, para expresar mis pensamientos; pero soy espiritista y quiero hablar de las excelencias del Espiritismo.

Hermano mío; Dios bendiga á la joven obrera, que en su humilde posición social sabe elevar su pensamiento y trata de ser útil á la propaganda del Espiritismo.

El joven Ignacio Torrella habló sobre el deber del Espiritista, como Francisco Sal-lari tiene condiciones de orador.

La señora de Bendranas, medium parlante, pronunció un breve discurso, bueno en el fondo y en la forma, que fué aplaudido con justicia.

Josefa Sal-lari improvisó un discurso con su entusiasmo de siempre, habló con su elocuencia y sensatez acostumbrada, diciendo que la humanidad necesitaba un puerto para guarecerse de la tormenta y para engrandecer su sentimiento, y que este único puerto era la religión. No *está* ni *aquella* ni la *otra* religión, no una secta con su formalismo ni una nueva iglesia reformada, no un credo religioso más ó menos consolador, no; la humanidad necesitaba lo que el Espiritismo le ofrecía, la religión de la verdad, la religión del amor, del sacrificio, de la abnegación sin límites, la religión del progreso universal!

¡Qué hermoso es hermano mío escuchar tan consoladoras palabras, recibir tan buenas enseñanzas dadas por una joven en la edad más risueña de la vida!

Las muchachas que por regla general se ocupan exclusivamente, de frivolidades, de modas, de adornos, de bailes y paseos, cuando alguna se eleva sobre esas pequeñeces y se convierte en maestra de sus compañeras. ¡Cuán grande me parece entonces la mujer! ¡cuán útil á la sociedad! y cuánto me entristece recordar á las muchísimas mujeres encerradas en los claustros, donde á nadie son útiles, y donde tan perjudiciales son á sí mismas.

Cuando me tocó el turno, leí lo que copió á continuación

IV

¿ COMO DEBEN CONSIDERARSE LOS ESPIRITISTAS ENTRE SÍ ?

Hermanos míos:

Hace algún tiempo que no estaba entre vosotros, ¡cuántos cambios en el plazo transcurrido!... de la gran familia que formabais, varios miembros se han separado; los unos han dejado su apacible retiro buscando en una gran ciudad nuevo campo para sus trabajos, los otros han cumplido su condena y han dejado la Tierra para seguir su eterna peregrinación; aquéllos han formado un nuevo Centro espiritista para seguir sus estudios del modo que han creído más conveniente, y todos en conjunto han dejado un claro en vuestras filas; pero la naturaleza (pródiga siempre) hace crecer á los niños y un hermoso ramo de flores llena el hueco que han dejado los ausentes, bellas jóvenes y apuestos mancebos nos dicen: Miradnos cómo hemos crecido, pues al igual de nuestro cuerpo se ha desarrollado nuestra inteligencia, y estamos dispuestos á ser los entusiastas continuadores de la gran obra comenzada por nuestros padres.

¡Bendita sea la juventud, hermanos míos! porque es la continuación de la vida y del trabajo. Es la virilidad, es la fuerza, es la llama del fuego sagrado que mantiene el calor y el equilibrio de cuanto palpita en la Creación, es la fecundidad prodigiosa que todo lo llena de séres, de luz y de armonías.

Héme entre vosotros, hermanos míos, sin saber qué deciros, puesto que tengo el íntimo convencimiento que habéis estudiado y comprendido el Espiritismo mucho mejor de lo que demuestra vuestra excesiva modestia, sencillez y humildad. Tenéis muy buena voluntad para practicar las obras de misericordia, que es la base primera del progreso del espíritu, pero se me ocurre preguntaros ¿cómo deben considerarse los espiritistas entre sí?

A mi modo de ver, como se consideran los individuos de una familia muy numerosa y bien avenida, como verdaderos hermanos que deben protegerse, ampararse, auxiliarse y tolerarse los unos á los otros sus defectos y sus debilidades; os llamará indudablemente la atención que no os diga que deben amarse, y no os lo digo, porque dada la pequeñez y la inferioridad de los espíritus que hoy habitamos en la Tierra (dejando aparte un pequeño número de almas elevadas, engrandecidas por su abnegación y sacrificios) pedirle á la generalidad de los terrenales que nos amemos, es poco menos que pedir á la gigante encina que nos dé ramilletes de violetas.

Hay aun demasiada rudeza en nuestro ser, hay sobra de egoísmo en nuestras aspiraciones. Envidiamos la más pequeña virtud que vemos florecer en el alma de uno de nuestros semejantes, y el que envidia á otro, no le ama.

No hay que hacerse ilusiones, y únicamente los espiritistas somos los que podemos hasta por egoísmo desprendernos, aunque sea muy lentamente, de ese defecto capital, porque sabemos que envidiando las aptitudes especiales de éste ó de aquel, no conseguiremos adquirir las cualidades que le distinguen de la generalidad; para poseer lo que envidiamos, tenemos que comenzar por arrancar de raíz la envidia que nos empequeñece, que nos degrada, que nos aleja del templo del progreso. Sabemos que si aquí conseguimos burlar la vigilancia de los que dictan las leyes, y compramos con un puñado de oro el aplauso de la multitud, al dejar la Tierra

nos encontramos con el libro de nuestra historia y éste en sus páginas tiene escrita la sentencia inapelable de nuestros actos. Entonces vemos que nuestros subterfugios que nuestros pretextos y cuantos medios hemos puesto en práctica para engañar á los otros haciéndoles creer que somos virtuosos, ha sido tan inútil nuestro empeño como la pretensión de aquel niño del cuento que quería en su inocencia secar el mar sacando el agua con el hueco de sus pequeñas manos.

Entonces nos convencemos que no hay más que un camino para progresar, uno sólo, no hacer á otro, lo que no se quiera para uno mismo; y no basta no hacer daño, es necesario hacer bien, y el bien puede hacerse de innumerables maneras; se hace bien, sacando á relucir las virtudes de otro, no para que el virtuoso se alegre y se regocije, porque la obra buena en sí misma lleva la mejor recompensa, sino para que sirvan de ejemplo sus nobles actos, que como hay tan poco bueno que admirar en este mundo, es necesario decir á la muchedumbre:—Mirad, atended, en tal ó cual punto podéis recibir una lección que os será muy provechosa.

Los espiritistas sabemos que hasta un mal pensamiento queda grabado en el libro de nuestra historia, por esto, debemos ser los malos murmuradores, porque no ignoramos que nuestra murmuración caerá mañana sobre nosotros como raudal de plomo derretido, y seremos calumniados y señalados como piedras de escándalo, porque escándalo produjeron nuestras palabras sembrando la desunión y el desconcierto.

Sabemos que la rencilla
la torpe murmuración,
es en toda asociación
la destructora polilla,
la venenosa semilla
que produce enemistad,
que de la fraternidad
troncha los brotes en flor;
el gusano destructor
que roe siempre sin piedad.

Recordad, murmuradores,
lo que Jesús contestó
cuando se le preguntó
qué haría con los pecadores.
Y él les dijo: ¿Os creéis mejores?
pues si estáis en tal error
quien quiera ser vengador
si su culpa no le arredra
tire la primera piedra
sobre el débil pecador.

Una mujer pecadora
de todos escarnecida,
trémula y desfallecida
ante Jesús triste llora,
más la turba vengadora
sin castigarla se fué;
y Jesús, que esta acción ve,
dice á la mujer:—*Ni uno
te ha condenado.—Ninguno:
—Ni yo te condenaré.*

¡Qué lección tan admirable
dió Jesús en aquel día,
á la turba que quería
apedrear á la culpable!
No hubo ninguno impecable
que pudiera castigar
á la mujer que su hogar
con sus deslices manchó
¡Nadie sin mancha se vió!
¿por qué entonces murmurar?

¡Ah! no, no, hermanos queridos, los espiritistas debemos sellar nuestros labios cuando un mal pensamiento se apodere de nuestra mente, y cuando nos parezca que la conducta de nuestro hermano no responde á todos los principios morales establecidos por las leyes sociales, apartemos la vista de él, y fijémosla en nosotros mismos, y como siempre encontraremos en nuestro hogar una pena, una inquietud, un sobresalto, algo mortificante, digamos entonces:—Si por el fruto se conoce el árbol, no fui yo ayer un modelo de virtudes, no fui amparo de afligidos ni consejero de atribulados, cuando hoy la aflicción reina en torno mío y los que se llaman mis amigos me abandonan en mi soledad.

Para desprendernos del vicio de la murmuración, no necesitamos los espiritistas acudir á ningún templo ni rezar por rutina; basta únicamente que nos miremos á nosotros mismos, y nos veremos tan pequeñitos, que nos avergonzaremos de mirar á los demás.

Los espiritistas debemos considerarnos los unos á los otros como compañeros de destierro, pero no como enemigos irreconciliables, porque el que más daño nos hace hoy, mañana será nuestro hijo, por el cual nos desvelaremos y pasaremos in-dicibles angustias é inquietudes.

No debemos envidiarnos, porque sabemos que los bienes terrenales y el talento, y la elevación moral y todo cuanto puede contribuir á nuestra felicidad, nadie puede dárnoslo; somos nosotros los que hemos de conquistarnos nuestra libertad y nuestro engrandecimiento moral, intelectual y material.

Al que consideremos más bueno, debemos respetarle é imitar sus actos y dar entrada en nuestra mente al noble sentimiento de la admiración, que de la admiración al amor no hay gran distancia.

Al que nos parezca muy rico en bienes materiales no le envidiemos, porque si su riqueza es legítimamente ganada por herencia legal, ó trabajo honroso, no se debe envidiar lo que por derecho le pertenece. Si es mal adquirida, inspírenos más compasión que el pordiosero sin hogar, porque el rico por estafa, es un condenado á trabajos forzados cuya condena le suele durar muchos siglos.

Si su riqueza le tiene que servir de tamiz ó cedazo para que por medio de ella queden sus virtudes limpias de toda escoria, la prueba de la riqueza es la más terrible, por que ésta es la madre de las tentaciones, es la protectora de los vicios, es la encubridora de los crímenes.

¡Cuánto os diría hermanos míos respecto á la pregunta que he formulado anteriormente, de cómo los espiritistas deben mirarse entre sí! pero vosotros lo sabeis mejor que yo y concluiré mis consideraciones diciéndoos:

¡Espiritistas! seamos
avaros de atesorar
virtudes, para llegar
al punto que deseamos.
Por ventura, no ignoramos
que si hoy nos vemos caídos,
no estamos desposeídos
de las grandes aptitudes
de los que, por sus virtudes,
se llamaron elegidos.

Dios no elige; si eligiera,
yo su justicia negara;
porque al que desheredara,
víctima inocente fuera:
porque la vida le diera
(y con ella la expiación),
si obstáculo en su ascensión
siempre hubiera de tener;
y en Dios no puede caber
ninguna predilección.

Tiene que amar por igual
por, que todo es obra de él,
desde el hermoso vergel
hasta el inculto erial.
Del Cosmos universal
formó las humanidades,
á las que dió actividades
y mundos donde habitaran,
y ciencias donde encontrarán
las inconcusas verdades.

No hay ángeles porque sí,
porque á Dios se le antojó,
ni parias que condenó
á los presidios de aquí.
No es el Dios del Sinaí,
del rayo y la tempestad,
el Dios que la humanidad
debe aceptar en razón;
pues ninguna religión
rinda culto á la verdad.

(Se continuará)